

familias, y parten para México. Pocos días despues todos ellos militaban bajo las órdenes del mismo Miramon que tan altamente los habia despreciado. Tales soldados no podian sostener á ningun gobierno.

El Sr. Ortega vuelve á Zacatecas y Miramon se retira de Zayula, impotente ante las tropas liberales y se coloca en Lagos para estorbar que el vencedor de Peñuelas ocupe á Guanajuato.

Antes de un mes sale el Sr. Ortega de Zacatecas con sus mejores tropas, su artillería y la que ha quitado al enemigo. Da parte al Sr. Degollado que se hallaba en su cuartel general de San Luis, que dentro de pocos días daria una batalla decisiva, pues marchaba sobre Lagos donde se encontraba Miramon.

El Sr. Degollado que teme ya que un nuevo azar haga retroceder á la revolucion todo lo que ha avanzado, le previene que no emprenda la campaña y que permanezca en Aguascalientes. El Sr. Ortega insiste sin embargo en su plan, suplica al Sr. Degollado le permita obrar con libertad, y marca sobre todo en su comunicacion que los elementos de guerra que tienen las tropas que militan á sus órdenes son sacados de Zacatecas unos y otros botin del enemigo sin que haya recibido ni un cartucho, ni un fusil del gobierno de Veracruz. El Sr. Degollado accedió y Ortega se dirige sobre Lagos.

Entonces se ponen á sus órdenes el general Carabajal y el Sr. Doblado. Este señor pregunta sin embargo al gobernador de Zacatecas cual es su plan de campaña.

—Pelear donde y como quiera el enemigo, contestó el Sr. Ortega.

Miramon abandona á Lagos y retrocede para Guanajuato. Esa cuarta retirada opacaba ya mucho su brillante estrella, que tanto habia incensado la prensa conservadora.

El Sr. Ortega ocupa á Lagos y allí da una organizacion provisional al ejército. Una de las divisiones queda al mando del general Alatorre, la otra al del general Lamadrid y la caballería á la del general Carabajal. El Sr. Zaragoza es cuartel maestro del ejército. Los Sres. Doblado y Berriozabal permanecen en el mando de sus respectivas fuerzas. El Sr. Ortega aunque era un simple particular, sin tener grado alguno militar, queda mandando en gefe.

VIII.

Miramon establece su campo en Silao, el ejército liberal avanza sobre esta poblacion y el dia nueve de Agosto se avistan ambas fuerzas.

Por la primera vez iban á encontrarse los dos hombres mas notables de los dos partidos contendientes. Miramon que solo ante lo imposible retrocedia, como en Veracruz, y solo despues de intentarlo se habia retirado, Miramon que personalmente jamas habia sido derrotado, y cuya posicion difícil solo era causada, fuera de la impopularidad de su partido, por las derrotas de otros gefes, Miramon, con todo su prestigio de audacia, valor y conocimientos militares, con buena artillería y mejores soldados, iba á luchar cuerpo á cuerpo con el vencedor en Durango, Aguascalientes, Zacatecas y Peñuelas, con el que habian proclamado los suyos valiente entre los valientes, aunque jamas habia pisado una escuela de táctica ni un colegio militar.

Y esa lucha homérica iban á presenciarse no solo algunos miles de hombres, sino los Estados, la nacion entera que conocia hacia días sus preparativos, que iba á saber sus pormenores y sobre todo á palpar sus resultados. Era un reto de vida ó de muerte, donde iba á decidirse la suerte de una República, cuyas leyes, cuyos derechos se habian quemado en los cartuchos, cuyos campos estaban regados de sangre y rui-

nas y cuyos hijos apenas podian ya alzar al cielo pidiendo paz sus brazos canzados de luchar.—El combate debia ser pues solemne y terrible.

El Sr. Ortega reconoce el campo enemigo en la tarde del mismo dia 9, toma posicion en el suyo y permite que el gefe contrario la reconozca á su sabor.

Llega la noche y rápidamente hace que el Sr. Zaragoza cambie la posicion de la artillería y de las caballerías, y las tenga dispuestas á hacer un movimiento en la madrugada. A la una de la noche recorre con el señor cuartel maestro el campo, le deja disponiendo sus baterías, y él, atravesando unas llanuras pantanosas, mueve todas las infanterías.

Todo el ejército liberal protegido por las sombras de la noche se colocó frente al enemigo sin que esto lo sintiere. Desde entonces quedó este derrotado.

Al amanecer el dia 10 se rompen los fuegos por ambas partes. El sol á su salida debia alumbrar la mas espléndida de las victorias.

Manda el Sr. Ortega que se formen dos fuertes columnas; llevando una á su frente al Sr. Alatorre, y la otra al Sr. Zaragoza. Esta última compuesta por la division de Zacatecas se descompone por el fuego que sufre impunemente de la artillería enemiga. Entónces el Sr. Ortega manda desplegar las banderas de los cuerpos, y con aquella voz que el soldado ha aprendido á oír en medio del estruendo del cañon habla á las tropas con entusiasmo, y descubriendo su cabeza, en medio de la metralla que volaba por todas partes, victorea á la libertad y á la constitucion de 57. Los soldados prorrumpen en víctores á su gefe y se lanzan sobre el enemigo.

Trece minutos despues Miramon el invicto, el estratégico, que desde el principio de la accion no comprendió los movimientos del ejército liberal, queda completamente derrotado y los gefes constitucionales tremolaban sus banderas en el

campo enemigo. Trenes, artillería, equipajes y millares de prisioneros quedan en poder del Sr. Ortega.

Estos prisioneros, otra vez mas, son puestos en libertad.

Despues de un triunfo tan espléndido, el Sr. Ortega entrega todas las fuerzas al Sr. Degollado, quien ha establecido su cuartel general en Guanajuato, y quien forma dos cuerpos de ejército haciendo al primero general en gefe de ambos.

Las fuerzas avanzan hasta Querétaro; mas la estacion hace impracticables las operaciones en el valle de México. Habia ademas un cuerpo de ejército reaccionario bastante respetable aun en Guadalajara y era preciso destruirlo antes de sitiar la Capital.

De acuerdo con el Sr. Degollado, las fuerzas retroceden y se dirigen para Guadalajara.

Pero la marcha es penosa, y los víveres y forrajes escasean cada vez mas: fué preciso pues fraccionar el ejército y diseminarlo en todo el tránsito.

Por fin el general Regules ocupa el Puente de Toluatlan, hasta donde avanza el Sr. Ortega, dejando al mando del Sr. Zaragoza el grueso de las fuerzas. Allí recibe la noticia de que el enemigo habia salido de Guadalajara con cinco mil hombres y treinta piezas de artillería. Manda entónces al general Castro para que con 400 caballos reconozca las fuerzas contrarias.

Deseando el Sr. Ortega hacer por sí mismo el reconocimiento se dirige tras el Sr. Castro acompañado de su estado mayor y de su escolta. Al momento de su llegada se encuentra con que la caballería es envuelta por los reaccionarios.

Era preciso pues salvarla, tanto mas cuanto que su pérdida importaba la de las fuerzas liberales colocadas mas atraz, pues si el enemigo triunfaba de la primera batiría á las otras en detall y una á una.

Y en aquellos momentos la avanzada estaba casi perdida.

Manda entónces al coronel Rey que coloque la escolta entre unas milpas dejando ver solamente los schacos y las puntas de las lanzas y avanze cuando observe que hacen un movimiento las fuerzas de Zacatecas.

Penetra el Sr. Ortega entre los fuegos y hace que sus fuerzas retrocedan simultaneamente. Los gefes creen que esa retirada es la derrota, pero el general en gefe insiste y personalmente hace ejecutar el movimiento, y al mismo tiempo Rey hace lo que se tenia mandado.

El enemigo cree que se le prepara una emboscada que hay fuerzas superiores acia el lado de los sembrados y retrocede á su vez. Las fuerzas que estaban tan sériamente comprometidas se salvan.

El Sr. Ogazon que se hallaba en Sayula no pudo auxiliar los primeros movimientos de aproximacion del ejército federal, porque los ignoraba, pues los extraordinarios que se le habian enviado, dándole parte de ellos, fueron interceptados.

El Sr. Ortega quiso evitar los desastres de un sitio á la importante ciudad de Guadalajara, y solicita una conferencia con el gefe enemigo. Se efectua en efecto y el general en gefe del ejército liberal, hace toda clase de concesiones en cambio de la entrega de la plaza ménos los que importan la barrenacion de los principios fundamentales de la causa que defienden: Pero el enemigo quiere la destruccion del código de 57 y de las leyes de reforma; el Sr. Ortega se niega é intima la rendicion de la plaza.

Comienzan los trabajos del sitio, y el general en gefe los activa creando todos los elementos de guerra indispensables para la toma de la plaza, procurándose recursos para las numerosas fuerzas que estan á sus órdenes, y estas fatigas las soporta estando atacado ya de las gravísimas intermitencias que lo postraron al fin en el lecho, de donde tuvo que salir para animar con su presencia á las tropas sitiadoras, á las de Zaca-

tecas sobre todo, entre las cuales corria la voz de que su gefe habia sido gravemente herido.

Cree por fin que le es imposible ya continuar dirigiendo las operaciones militares, y despues de la tenaz resistencia que le opusieron Doblado, Ogazon, Huerta, Arramberri, Valle y Zaragoza, á este último entrega el mando, el dia 21 de Octubre de 1860.

El dia 29 se dá por el ejército liberal el honroso y brillante ataque de la plaza, quedando tomados hasta los reductos de Sto. Domingo. La mortandad fué horrible, porque la ciudad estaba tambien valientemente defendida, sus fortificaciones eran notables por su perfeccion, y su artillería de muy grueso calibre. Minando y derribando manzanas enteras avanzaban los sitiadores; mas no bien caia la última pared se encontraban frente á una trinchera que habian improvisado los sitiados. Guadalajara conservará por mucho tiempo las huellas de aquel sitio, sostenido solo por el inútil y tardío capricho de algunos fanáticos partidarios de una causa perdida ante la opinion y ante las luces de la reforma. Los habitantes que se habian salido huyendo, dificilmente encontrarian á su vuelta las huellas, la demarcacion siquiera de sus casas, arrasadas por el cañon hasta sus cimientos.

El Sr. Zaragoza comunicó al Sr. Ortega la noticia del ataque del 29.

El general en gefe dá orden al Sr. Zaragoza que ocupe á toda costa la plaza, sin economizar ya sangre. El sitio se prolongaba demasiado y era preciso concluir. Pero el parque estaba ya agotado y en aquellos momentos se celebraba un armisticio.

Ese tratado lo conoce el país entero: mientras se arreglasen las bases de la capitulacion, las tropas sitiadas debian alejarse de la ciudad, mientras que los sitiadores se retirarian por su parte: si pasado cierto término no se aceptaban las bases propuestas cada uno ocuparia sus posiciones antiguas.

Era suma habilidad y astucia obtener esas suspension de fuegos cuando Márquez venia á socorrer á los sitiados. El resultado de ese tratado era la infalible derrota del gefe reaccionario que venia desde México en la creencia de que rompiendo la línea entraria á la plaza y la salvaria.

Y sin embargo, en el campo liberal reinan la divicion y el desacuerdo, y la palabra *traicion* resonaba por todas partes. Fué preciso que el Sr. Ortega ratificara y apoyara los convenios para que estos se llevaran á cabo.

El célebre Márquez, fué absolutamente derrotado en Calderon y sus tropas quedaron hechas pedazos. El mismo pudo escapar con algunos gefes recurriendo á una mentira casi oficial, asegurando que venia en conferencias de rendicion con el gefe de las fuerzas liberales.

Los sitiados entre tanto faltaron á las bases del convenio, y la plaza fué entonces definitivamente ocupada por los sitiadores.

El Sr. Ortega fué conducido en una camilla al Teul: se temia por su vida, y creyeron los que estaban á su lado que solo cambiando de residencia se podria obtener su curacion.

Allí recibió el nombramiento de general en gefe del ejército liberal, y el despacho de general de Brigada.

Se restablece al fin y parte para ponerse al frente de las tropas que se dirijan ya para la capital de la República. Se reúne a ellas en Arroyo-Zarco.

Entretanto habia sufrido la avanzada liberal su fuerte descalabro en Toluca, y alentado Miramon por el buen éxito de su tentativa sale de la capital con todas las tropas que pudo reunir de las inmediaciones y haciendo venir las del Oriente.

Pero el ejército liberal se estendia por todas partes como una inmensa serpiente que estrechando sus anillos amenazaba ahogar al terrible coloso de la reaccion. La hora suprema del triunfo de la libertad iba á sonar ya.

El Sr. Ortega recibe de México el oportuno aviso de la sa-

lida de las tropas reaccionarias, y se dispone á recibirlas sin llamar á su lado á las muchas fuerzas que recorrian aislada el Valle de México y el Estado, y cuyo número era superior á las del interior que habian pasado ya de Arroyo-Zarco.

Concurrieron á la accion al lado del general en gefe los generales Zaragoza, Valle, Aramberri, Lamadrid, Antillon, Blanco y Alvarez: este último quiso prestar sus servicios aunque sin colocacion militar, pues ninguna admitió.

En la mañana del dia 22 de Diciembre se rompieron los fuegos. La línea que ocupaban ambos ejércitos era inmensa. Ortega ocupa el centro, el Sr. Zaragoza la izquierda teniendo á su frente la ala derecha del enemigo, adonde tiene este sus mejores tropas.

A los pocos momentos queda todo el campo envuelto en humo y la metralla abre profundos claros en las líneas. El Sr. Ortega manda al Sr. Zaragoza casi todas las fuerzas quedándose solo con la division de Zacatecas, nueve piezas de artillería y ochocientos caballos tendidos en uno de sus flancos.

Entre tanto el general Zaragoza está próximo á ser envuelto. Miramon colocado en la colina á cuya base está la presa de la Goleta, hace sus últimos esfuerzos por arrancar otra vez mas á la victoria uno de aquellos para él fáciles triunfos que le habian dado tanto nombre entre los suyos.

El general Alvarez es el primero que nota el peligro que corre la ala izquierda del ejército liberal, y lo comunica al Sr. Ortega: este Sr. dándole su magnífico anteojo, le suplica que rectifique el hecho. El Sr. Alvarez lo hace así y confirma lo que antes habia dicho.

El Sr. Ortega manda al momento al general Alatorre que

forme una columna con todas las infanterías de la division de Zacatecas, hace que los artilleros arrastren á brazo las piezas y previene al general Mena, que manda las caballerías, que en el acto que se mueva la columna marche protegiendo su flanco derecho, para que cargue sobre el enemigo tan pronto como se le comunique la orden.

El mismo general en jefe se pone al frente de la columna y la hace marchar á paso de carga sobre la ala izquierda del enemigo. Esta, compuesta de las infanterías de la division Velez y brigada Cobos ocupaba unos potreros con cuyas cercas se habia improvisado sus reductos.

Y sin embargo, la columna avanza á pecho descubierto hasta colocarse á diez ó doce varas del enemigo. Manda el Sr. Ortega romper los fuegos, la línea se incendia por todas partes el estruendo de la artillería llena aquel inmenso espacio que ciñen las montañas vecinas y el campo queda regado de cadáveres. El enemigo vaciló en su brillante posicion.

Pero la caballería no se mueve segun se tenia previsto. Manda el Sr. Ortega uno, dos, tres, hasta seis ayudantes para que la hagan avanzar, pero la caballería permanece en su puesto. Al fin manda el general en jefe al Sr. general D. Benito Quijano que prevenga á Mena que lo mandará fusilar sino cumple las órdenes que se le han comunicado. Pero el Sr. Mena no es el culpable, y apenas oye tal prevencion, la caballería, cuando huye á galope ácia un cerro inmediato.

El Sr. Ortega al ver esto se lanza entre ambos fuegos en seguimiento de los que huyen, alcanza cosa de doscientos caballos, se interpone entre los dragones para obligarlos á que hagan alto y habla á un sargento, preguntándole si obedece ó no á su gefe. Al momento lanzan los soldados un grito de entusiasmo, victorean á su general, lo siguen y cargan por el flanco derecho de la division de Zacatecas.

Esta, que se estaba batiendo hacia algunos minutos á quema

ropa con el enemigo, reconoce á su gefe, y carga tambien á la bayoneta conducida por el valiente general Alatorre.

El Sr. Ortega manda entonces decir al Sr. Zaragoza que haciendo uso de su notorio valor se sostenga algunos minutos mas. Para ir á reforzarlo tiene que recorrer el campo; pues vá á hacerlo arrollando al enemigo, para no tener á su espalda mas á quien combatir.

Queda en efecto trece minutos despues completamente destruida la ala izquierda del enemigo quedando en poder de los nuestros sus cañones sus trenes y quinientos prisioneros.

El Sr. Ortega despues de haber derrotado aquellas fuerzas ataca rápidamente el centro por uno de sus flancos; manda á Valle, quien se le presenta en aquellos momentos, que ordene al general Alatorre organice de nuevo la columna de la division de Zacatecas, que á paso veloz cargaba á la bayoneta, para que ataque por uno de los flancos: al general Antillon, por conducto del Sr. Blanco, lo hace avanzar con su brigada en columna sobre otro de los flancos. El Sr. Ortega queda defendiendo las piezas con unos cuantos soldados, casi con los mismos prisioneros.

El centro del enemigo queda tambien hecho pedazos, y los soldados que minutos antes eran aun la única esperanza de la reaccion victorean á la libertad y al general Ortega, incorporándose en las filas liberales.

El general Ortega que batiéndose ha recorrido un medio círculo de mas de media legua cae como un torrente sobre la retaguardia enemiga al mismo tiempo que los generales Zaragoza, Aramberri, Lamadrid y Regules cargan con valor sobre el frente del ejército reaccionario. Este quedó enteramente destruido.

Miramon solo llegó á la capital, dando el primero y verbalmente á los suyos el parte de su completa derrota.

Acababa de consumarse la revolucion. Sacrificios, sangre derramada, nada habia sido inutil. Con la victoria de Calpulalpam se anunciaba al fin una era de paz, un porvenir de civilizacion y mejora para la República.

El país lo creyó así entonces, y como un eco al último ca-

ñonazo disparado por la reaccion contestó con un grito de victoria. No contaba con los especuladores de las revoluciones.

Hemos conducido al lector casi por todos los ámbitos de la República donde se quemaba un cartucho por la defensa de la libertad. Lo hemos hecho presenciar desde el oscuro combate del guerrillero hasta la mas espléndida victoria del héroe.

¿Lo pasearemos tambien por esas calles de la capital regadas con flores, tapizadas con cortinas, cortadas con arcos de triunfo bajo los cuales pasan veinticinco mil valientes en medio de las aclamaciones de un inmenso pueblo, llevando en sus cabezas, en sus bayonetas, en sus cañones las coronas de laureles que les arroja á su paso una poblacion entuciasmada á la vista de sus libertadores?

Esa embriaguez á pasado por desgracia demasiado pronto. Aun se vierte de nuevo sangre mexicana en la horrible lucha que dejenerada en asesinato sostiene aun el partido caido en México. La sangre de Ocampo, Degollado y Valle está allí protestando contra las pasadas glorias, y acusando á los que dejaron incompleta la obra.

Apesar de haber formado parte del gabinete que reporta tan terrible acusacion el Sr. Ortega no lleva sobre sí la mancha indeleble con que han quedado marcados esos hombres ante el fallo del país.

Dueño absoluto de la situacion, poderoso por sus triunfos, por sus numerosos soldados y por el prestigio de que venia rodeado, ni un momento pensó siquiera el Sr. Ortega en tornar á favor suyo las ventajas del triunfo.

Por el contrario apenas ocupó la capital, invitó al Sr. Juarez para que viniera á tomar posicion del poder. Y no porque le faltaran sugerencias; las hubo y muy fuertes invitándolo á que empuñara las riendas del mando. Pero el Sr. Ortega jamas ha pensado en la usurpacion: demócrata y buen patriota solo sabe acatar la ley y la legalidad. Publicó las leyes de reforma y su célebre decreto dando de baja al ejército, que hizo que se cumpliera enteramente.

La posteridad, no los hombres de hoy, juzgaran bajo su punto de vista lo que vale ese hombre que en este país, donde solo impera el sable, despues de conducir á veinticinco mil soldados en cien victorias peleando por una idea, despues de alcanzada la última, los hace deponer las armas, rendirlas ante esa misma idea, borrando para siempre la maldita huella de usurpaciones militares que forman la historia de nuestros cuarenta años de guerra civil.

Juarez llega al fin y al momento el Sr. Ortega se desprende del mando, depone las facultades omnímodas de que estaba investido, y renuncia el despacho de general.

La sola consignacion de estos hechos es una ovacion.

Y sin embargo los que profundamente conocen el personal de nuestros hombres públicos y el del gobierno de Veracruz, calculaban la serie de males que iban á venir por no aprovechar los momentos tan preciosos que se presentaban para regenerar al país, y reprochaban al Sr. Ortega que pusiera la suerte del país en manos de los que debian perderlo. La profecía se cumplió mas tarde, pero el vencedor de Calpulalpam obsequió la ley y el deber.

Mas aun. En los momentos de su entrada á la capital, las oficinas estaban cerradas y no habia un solo empleado. El Sr. Ortega no quiso nombrarlos por sí.

Deseaba que el presidente Juarez creara él mismo la situacion de que se iba á rodear para que jamas pudiera disculparse con que otro la habia formado, y fuera de este modo el único responsable ante la nacion y ante la posteridad de sus actos todos.

Y ese hábil y prudente cálculo del Sr. Ortega no es tan fácil de realizar como á primera vista parece. Los que conocen la furiosa empleomania de que están atacados los mexicanos comprenderán las aspiraciones, intrigas y resortes que se harian valer para alcanzar algo del hombre que era en aquellos momentos el árbitro y señor de todo.

Se dió al Sr. Ortega la cartera de Guerra.

Dos palabras narran sencillamente la historia de su permanencia en ese ministerio.

Apesar de que comprendió al momento que iba á gastar allí su popularidad tomó participio en aquel gabinete para dar al gobierno toda la predominancia y vigor que nunca habia tenido y solo entonces tuvo el poder civil.

Salió de ese gabinete, para probar que tenia en mucha la opinion pública que clamaba por el cambio apesar de que sabia que no era contra el salvador de las instituciones esa terrible grita.

Salió porque en conciencia no era ya posible seguir siendo cómplice de tanto desacierto, casi podemos decir de tanto crimen.

Hoy el héroe de Peñuelas y Silao convertido de nuevo en guerrillero recorre nuestras montañas en persecucion de los bandidos que asolan de nuevo al país y asesinan á los honrados patricios: vá en pos del peligro oscuro y sin aliciente, solo por amor á su patria. Lo que le paguen los hombres de hoy en ingratitud la posteridad le compensará en gloria.

Hemos concluido. Si hay acaso demasiada pasion en lo escrito á favor de un contemporáneo, nos consuela pensar que nuestros hijos juzgarán lo mismo que juzgamos hoy, porque partirán de hechos y los que contamos están severamente llenos de verdad: cuando se tiene semejante conviccion y ademas la conciencia íntima de que no se escribe con un interés personal, no se avergüenza el biógrafo si arrastrado por el valor del personage ha declinado á ser encomiador.

Lo que sinceramente sentimos es no haber podido hacer resaltar en toda su luz á tanto héroe como se levantó en los momentos de la lucha. Pero hubierámos tenido que ser demasiado difusos para presentar en nuestro cuadro con sus líneas mas resaltantes á todos esos valientes demócratas en que fué tan fecunda nuestra revolucion.

Pero no importa la omision. México conserva sus nombres con gratitud, y la historia les guarda la inmortalidad.



